
DESARROLLO, COOPERACIÓN Y POST-DESARROLLO EN TIMOR ORIENTAL¹

ANDREW MCGREGOR*

PALABRAS CLAVE

Prácticas de postdesarrollo, sistema de cooperación; Timor Oriental; alternativas al desarrollo

RESUMEN

Las teorías del post-desarrollo han tenido un considerable éxito en su desafío a nuestras formas de pensar sobre el desarrollo pero su impacto ha sido mucho menor sobre la práctica. Este artículo se propone explorar las oportunidades que pueden existir para la aplicación de las ideas del post-desarrollo partiendo del aparato del desarrollo actualmente existente en Timor Oriental.

ABSTRACT

Post-development theories have had a considerable success in their challenge to our ways of thinking the development, but their impact has been a lot lower in the practical environment. This article tries to

1. Nota de la redacción: El presente artículo fue publicado originalmente en inglés, en 2007, en el volumen 28 de la revista *Third World Quarterly*. La dirección de la REDC quiere expresar su agradecimiento a los editores de esa revista su amable autorización para la publicación de esta traducción. La traducción ha sido realizada por Noé Cornago.

* Profesor de Estudios sobre Desarrollo en la Facultad de Geografía Humana de la Universidad Victoria en Wellington, Nueva Zelanda. Agradecimientos del autor: La investigación en la que se basa este trabajo no hubiera sido posible sin el apoyo financiero de la Universidad de Otago en Nueva Zelanda. El autor quiere expresar su agradecimiento a Guil Figgins por sus ideas y ayuda en el proceso de transcripción, Bill Mooney por sus mapas, y Joaquim del Hotel Turismo por sus múltiples historias y observaciones, así como a los cooperantes entrevistados en Timor Oriental, cuyo compromiso es una lección para todos nosotros.

explore the opportunities that the post-development ideas bring to the existing development system in Oriental Timor.

RÉSUMÉ

Les théories du post-développement ont eu un succès considérable dans leur défi à nos façons de penser sur le développement, mais son impact dans la pratique a été beaucoup plus limité. Cet article propose d'explorer les opportunités qui peuvent exister pour l'application des idées du post-développement à partir du système de développement actuellement existant au Timor Oriental.

“El objetivo principal de este proyecto de empoderamiento comunitario es ofrecer a la población campesina, la oportunidad de tomar sus propias decisiones sobre los proyectos que necesitan y quieren. En consecuencia, el propósito de las donaciones es apoyar las propuestas de desarrollo producidas por las comunidades”.

La cita anterior no es de una ONG local e inspiración radical, o de una organización comunitaria alternativa. La hemos tomado de uno de los primeros documentos de información producidos por el Banco Mundial, para el que entonces era un recientemente independizado Timor del Este (Banco Mundial, 1999). El Banco Mundial, frecuentemente criticado por su modelo de toma de decisiones fuertemente vertical, enfatizaba en esta ocasión la importancia para el desarrollo de sus proyectos de la apropiación local, el desarrollo de las capacidades indígenas, y la rendición de cuentas ante la propia comunidad. La mayoría de los y las profesionales del desarrollo estarían seguramente de acuerdo con este tipo de lenguaje, con sus énfasis en la participación, la sociedad civil o la construcción de capacidades. Todas esas nociones son ahora comunes, cuando no esenciales, dentro de la práctica actual de la ayuda al desarrollo (ver Cornwall y Brock, 2005).

Que el Banco Mundial ofrezca donaciones a las pequeñas comunidades con el propósito de facilitar que ellas mismas tomen sus propias decisiones sobre los proyectos que “quieren y necesitan”, viene a significar, al menos discursivamente, el creciente reconocimiento de la conveniencia de promover iniciativas de desarrollo a pequeña escala, adecuadas al lugar y controladas por las diversas comunidades. A pesar de las pretensiones de lo contrario, esas iniciativas,

aunque surgen de perspectivas ideológicas muy dispares, tienen muchos puntos en común con las alternativas al desarrollo propuestas por la literatura sobre el llamado post-desarrollo. Este trabajo quiere valorar el alcance de esas iniciativas de desarrollo centradas en la comunidad, explorando su potencial para contribuir a los futuros que anuncia el post-desarrollo.

Aunque esta aproximación pueda parecer un anatema a los puristas del post-desarrollo, para quienes cualquier relación con la maquinaria del desarrollo estaría viciada, está inspirada en la aproximación práctica al post-desarrollo adoptada por Gibson-Graham (2005), así como por las críticas marxistas al post-desarrollo, las cuales directa o indirectamente defienden una aproximación mucho más matizada a los procesos del desarrollo.

Debatiendo el post-desarrollo

El conjunto de aportaciones sobre el post-desarrollo es la última y seguramente más controvertida colección de ideas que ha emergido en el pensamiento sobre el desarrollo. Sus raíces son muchas y muy variadas pero entre ellas cabe destacar textos claves como los de Sachs (1992), Ferguson (1994), Crush (1995); Escobar (1995) y Rahmena y Bawtree (1997). El “post” se refiere a la convicción teórica de que el verdadero desafío consiste no tanto en identificar los medios más apropiados y eficientes para asistir a un país a su desarrollo sino más bien en cuestionar su carácter deseable, así como la centralidad de la propia noción de desarrollo.

En su forma más elemental, el argumento del post-desarrollo sugiere que el desarrollo habría naturalizado artificialmente un estado ideal, modelado por el occidente desarrollado, que después habría promovido como universalmente deseable y alcanzable para todos los pueblos y culturas. Esta visión ha legitimado el surgimiento de una verdadera industria del desarrollo, con sus instituciones, sus procesos, sus prácticas, lenguajes y conocimientos. Todo ello habría intentado sistemáticamente transformar las naciones subdesarrolladas, o deficientes, en formas más deseables y, en suma, desarrolladas.

Este argumento sobre el post-desarrollo sugiere que este proceso habría destruido y deslegitimado una amplia gama de sistemas sociales, culturales, políticos, económicos, que precede al desarrollo, reemplazándolos por modelos homogéneos siempre sometidos a las diversas tendencias del pensamiento occidental sobre el desarrollo. Desde la perspectiva del post-desarrollo estos modelos habrían fallado a la hora de alcanzar sus promesas de una sociedad desarrollada para todas las personas salvo una pequeña élite minoritaria. Su legado, por el contrario, habría sido una plétora de estados desafortunados

cuya gente habría quedado condenada al ostracismo, atrapados en algún punto entre el pasado y el presente, pero sin futuro. De manera más específica el post-desarrollo sugiere que no se trata de mejorar las teorías o de encontrar mejores apoyos técnicos; el objetivo sería más bien disolver el concepto mismo de desarrollo, para que de ese modo alternativas de futuro no desarrollistas puedan ser imaginadas y perseguidas. En este sentido, quienes las defienden son igualmente críticos con el socialismo, el capitalismo o incluso con las teorías del desarrollo alternativo, ya que todas ellas vienen a legitimar el gran mito de que el desarrollo es deseable y alcanzable cuando se persigue de la manera correcta. Por esta y otras muchas razones, el desarrollo ha sido caracterizado como un fracaso o de manera más florida, como una “ruina del paisaje intelectual” (Sachs, 1992).

Naturalmente, dada la rotundidad y frontalidad de su crítica, el post-desarrollo provocó agrios debates en el mundo académico (véase Peet, 1997; Kiely, 1999; Pieterse, 2000; Storey, 2000; Escobar, 2000; Ziai, 2004). Tres son las críticas más recurrentes que pueden señalarse aquí: primero, la crítica señala que el desarrollo es algo considerablemente más diverso que el proceso hegemónico y singular que el post-desarrollo sugiere. El post-desarrollo ha sido también criticado por no prestar suficiente atención a los avances en la teoría del desarrollo que se muestran en conceptos tales como participación, empoderamiento y proceso de toma de decisiones hacia arriba. En segundo lugar, el post-desarrollo situaría erróneamente a las comunidades del Tercer Mundo como víctimas más o menos pasivas del proceso de desarrollo (Kiely, 1999: 48). Esto supone, sin embargo, negar la capacidad de actuar a comunidades que, en realidad, a menudo muestran de diversas formas su capacidad de contestación, a la vez que se apropian y utilizan selectivamente, para sus propios fines, los medios del desarrollo. En tercer lugar, y esta es la crítica en la que nos queremos centrar aquí, los críticos del post-desarrollo señalan las dificultades, o complicaciones específicas, que plantean los intentos de llevar la teoría de post-desarrollo a la práctica. Como Pieterse (2000:184) pregunta, “¿qué pasa con la política del post-desarrollo ¿Más allá de algunas finas puntualizaciones teóricas, qué es lo que tenemos que hacer?”. Aunque la falta de aplicación práctica no necesariamente deslegitima la validez de las teorías (Nunstad, 2001) lo cierto es que, dada la urgencia de los problemas y de la desigualdad en el mundo real, pone en cuestión la oportunidad de dedicarse a una reflexión especulativa.

Si bien muchos representantes del post-desarrollo, tal y como sucede en general con el pensamiento post-estructuralista con el que mantiene estrecha relación, han restringido generalmente sus análisis a la crítica sin explorar alternativas prácticas, otros como Escobar (1992; 1995a; 1995b), Latouche (1993) y más recientemente Gibson-Graham (2005) se han propuesto firmemente

abordar ese desafío. La visión de Escobar de las alternativas al desarrollo, en contraste al desarrollo alternativo, es la más conocida en este contexto. Escobar defiende que el futuro habrá de ser dominado por las preocupaciones y la política locales tal como las articulan los nuevos movimientos sociales y sus representantes comunitarios. En contraste con los enfoques de arriba/abajo asociados a las políticas del desarrollo, los nuevos movimientos sociales son presentados como el reflejo inmediato de las preocupaciones de las comunidades locales, capaces de responder a esas preocupaciones de manera localmente relevante y creativa. De este modo, Escobar, y otros muchos defensores/as del post-desarrollo (Esteva y Prakesh, 1997; Rahnema, 1997), promueven un mundo de diversidad y diferencia, un mundo en el que el poder reside en las comunidades y no en estados artificiales o en los modelos abstractos que proponen los y las expertos del desarrollo. Crucial para lograr esa visión es la necesidad de cuestionar la presunta autoridad del desarrollo. Esa que ha posicionado a la mayoría del mundo subdesarrollado en una eterna carrera por alcanzar desesperadamente al mundo desarrollado minoritario.

La perspectiva del post-desarrollo habla de la necesidad de descolonizar las mentes, para que las alternativas al desarrollo puedan ser imaginadas y perseguidas. Ello exigiría tanto la deconstrucción del desarrollo para mostrar sus sesgos y sus vicios, algo que ya ha realizado una importante literatura (Crush, 1995; Sachs, 1992), y a la vez construir un espacio alternativo donde nuevas iniciativas de base comunitaria puedan emerger. Escobar ve esos espacios emergentes en los nuevos movimientos sociales, Latouche (1993) los encuentra en algunos sectores de la economía informal, mientras Gibson-Graham (2005) sugiere que estos pueden emerger desde dentro de algunas comunidades.

Para los críticos del post-desarrollo esta micro-política basada en lo local es una fuente de futuros antagonismos. Los pensadores del post-desarrollo ofrecerían una visión celebradora y romantizada que privilegia las tradiciones y cultura locales, mientras demonizaría injustamente los beneficios del desarrollo global en ámbitos tales como la salud, la esperanza de vida, o los derechos humanos (Kiely, 1999). En contraste, depositar nuestra confianza en las estructuras sociales locales puede solidificar relaciones sociopolíticas pre-existentes que pueden ser regresivas, divisorias, o incluso dañinas (Storey, 2000). Desde el marxismo también se ha subrayado el carácter necesariamente fragmentado de esa micro-política de la diferencia, y en consecuencia su discutible validez como forma de oposición efectiva para resistir la presencia considerablemente más organizada y hegemónica del capitalismo. Como Peet (1997: 83) sugiere en palabras muy directas: “¿dónde invertiría una corporación transnacional su dinero si quisiera debilitar su oposición? ¡Seguramente en una teoría social que defiende la fragmentación de los movimientos sociales!”. Pieterse (2000:

184), por su parte, ha ido todavía más lejos al sugerir que el post-desarrollo y el neoliberalismo, a pesar de sus rasgos ideológicos radicalmente diferentes, tienen entre sí, al menos en la práctica, una fuerte relación de “afinidad electiva”, toda vez que ambas corrientes contribuyen a la deslegitimación del Estado. Por último, los críticos del post-desarrollo sugieren que este puede ser tan prescriptivo y humillante, en su autosuficiencia, como el propio desarrollo.

Es prescriptivo, en primer lugar, en la medida en que sugiere que las iniciativas a escala local deberían ser siempre favorecidas sobre aquellas otras con objetivos a gran escala, pero también en su pretensión general de que todas las formas del desarrollo, desde el marxismo al neoliberalismo, sean rechazadas. Además es un poco humillante sugerir que la persecución del desarrollo, que constituye una preocupación central para tanta gente a través del mundo, sería algo ilegítimo, y que esa misma gente debería ser reeducada para que de ese modo persiguieran imaginarios diferentes (Storey, 2000).

Las críticas señaladas parecen haber temperado algunas de las afirmaciones más tajantes que dieron forma al pensamiento del post-desarrollo cuando este apareció a comienzos de los noventa. Las aportaciones más recientes se han ido desplazando de la crítica del desarrollo hacia la búsqueda de nuevas vías de utilización de sus argumentos críticos en formas válidas en la práctica. Acontecimientos como el Foro Social Mundial, por ejemplo, atraen crecientemente a los pensadores del post-desarrollo (véase Escobar, 2004; Santos, 2004), y pueden ser vistos como puntos donde movimientos sociales relativamente autónomos pueden encontrarse para compartir experiencias y visiones alternativas, e incluso, quizás, construir “formaciones contra-hegemónicas” (Escobar, 1995b: 221). En el mundo académico, Nustad (2001) ha sugerido la necesidad de investigar a fondo cómo las intervenciones del desarrollo son reinterpretadas y utilizadas por las comunidades afectadas, sugiriendo de este modo que los agentes locales pueden ser capaces de transformar los encuentros con el desarrollo en formas inesperadas pero llenas de sentido que contribuyen a su vez al empoderamiento de la comunidad. Eso es lo que ha realizado Curry (2003), al comprobar el modo creativo en que las comunidades rurales en Papúa Nueva Guinea se apropian de las iniciativas de desarrollo para su propio empoderamiento, e incluso para la afirmación de su propia diversidad. De manera similar, un estudio de Van Ausdal (2001) en el sur de Belice pone de manifiesto el modo en que un proyecto de desarrollo ha favorecido la politización y revitalización de la comunidad indígena tradicional Maya, en lugar de producir el tipo de conversión o aquiescencia con el modelo de desarrollo occidental que desde el post-desarrollo se suele augurar.

Estos estudios sobre el terreno han venido a subrayar dos cuestiones. En primer lugar, que las comunidades no son víctimas pasivas de los procesos de desarrollo. Por el contrario, las comunidades intentan atraer, manipular y utilizar el desarrollo en formas significativas a nivel local, aunque dentro de las constricciones impuestas por las relaciones de poder más amplias. En segundo lugar, si el desarrollo es algo más diverso de lo que a menudo se sugiere, dentro de esa diversidad puede haber más oportunidades para que puedan fermentar imaginarios y caminos alternativos. Aunque Escobar y Latouche están acertadamente en guardia frente a los intentos de reapropiación del discurso del post-desarrollo como “desarrollo alternativo” –a la manera sugerida por Peet (1997) de un “Informe del Banco Mundial sobre el Desarrollo Postmoderno”– ello no debe llevar a excluir necesariamente todas las iniciativas de desarrollo como forzosamente opuestas a los ideales del post-desarrollo. Por el contrario, un examen cuidadoso de los procesos de desarrollo, junto al de las propias respuestas y apropiaciones comunitarias de tales procesos, pueden revelar áreas en las que los objetivos del post-desarrollo pueden ser, o están siendo, perseguidos.

Uno de los mejores ejemplos nos lo ofrece el intento de Gibson-Graham (2005) de `hacer` post-desarrollo en la Isla de Bohol en Filipinas. Bajo la inspiración teórica de Escobar (1995) o Santos (2004) esos proyectos quieren ensayar el modo en que es posible `acertar` en la intervención, trabajando con las ONG locales de tal modo que pueda favorecerse la imaginación de la comunidad y su capacidad para una nueva conciencia anticipatoria de escenarios alternativos; a través del registro de los activos de la comunidad, en lugar de sus deficiencias, la descentralización de las economías capitalistas, y construyendo sobre las estructuras comunitarias y creencias, con la esperanza de que puedan emerger de ese modo alternativas al desarrollo relevantes y valoradas a nivel local. Aunque Gibson-Graham y otros han suscitado reacciones muy diversas a su trabajo (ver Aguilar, 2005; Kelly, 2005), no cabe duda de que constituye un intento consistente e informado de practicar el “post-desarrollo”.

Aunque reducida su mención a una simple nota al pie de página, resulta de particular interés el hecho de que esa investigación fuera financiada por la Agencia Australiana para el Desarrollo Internacional (AusAID). Aunque los más cínicos pueden valerse de ello para cuestionar la integridad o la veracidad de la investigación, en la medida en que aparece vinculada al “aparato del desarrollo” es mucho más efectivo juzgar el valor de ese trabajo en sí mismo. En otras palabras, Gibson-Graham ha utilizado fondos e instituciones del mundo del desarrollo para explorar, quizás irónicamente, el post-desarrollo.

Aunque los teóricos del post-desarrollo tienen todo el derecho a mostrarse escépticos sobre los procesos del desarrollo y a temer que sus argumentos puedan ser cooptados en nuevos modelos de desarrollo, ese miedo no debe oscurecer la investigación de nuevas prácticas y procesos potencialmente liberadores, que por mera anomalía histórica se puedan ver insertos en el seno de modelos de desarrollo. El desarrollo es algo tan grande, y ha atraído a tantos teóricos y profesionales críticos y bien intencionados, que descartarlo por completo como erróneo es seguramente algo prematuro o irreflexivo (Peet, 1997). Lo que se necesita es un examen cuidadoso de los procesos del desarrollo sobre el terreno que nos permita identificar qué prácticas, si es que las hay, pueden ser utilizadas y apropiadas para alcanzar los fines del post-desarrollo. Curry (2003: 418) llega a una conclusión similar en su estudio sobre Papúa cuando señala: “la cuestión, a mi parecer, no es rechazar el desarrollo, sino ser capaces de ponerlo al servicio de las prácticas socioeconómicas indígenas” (ver también Rapley, 2004: 353). Esta aproximación no se opone necesariamente a las primera aproximaciones de los pensadores más puristas del post-desarrollo, como Esteva (1987) y Escobar (1992: 425). Ambos autores han escrito sobre la necesidad de utilizar la infraestructura existente del desarrollo para perseguir objetivos menos convencionales. Tal es el propósito que de manera constructiva y “esperanzada” (Gibson, 2006) nos trazamos por nuestra parte al examinar el modo en que algunos procesos de desarrollo específicos pueden contribuir a un acercamiento a las visiones del post-desarrollo.

¿Oportunidades para el post-desarrollo en Timor Oriental?

Timor Oriental alcanzó su independencia en mayo de 2002 tras una larga historia de colonialismo portugués, ocupación indonesia, y finalmente un periodo bajo el control de la Administración Transitoria de Naciones Unidas (UNTAET). Aunque el territorio estuvo sujeto en lo fundamental al modelo de desarrollo indonesio durante la ocupación entre 1975 y 1999 (Hill & Saldanha, 2001), no fue hasta la administración de UNTAET, o periodo Malae, como es conocido a nivel local², que la presencia plena del aparato internacional del desarrollo se hizo notar. Brunnstrom (2003) ha caracterizado ese periodo como una verdadera “invasión”, pues en tan sólo unos años los donantes, las ONG, los contratistas internacionales y las agencias de NNUU competían entre sí por marcar la pauta en el nuevo paisaje del desarrollo de Timor Oriental. A su vez, la irrupción de la cooperación internacional coincidió con la formación de múltiples ONG locales, toda vez que sus promotores

2. Malae significa “extranjero” en Tetun, una de las lenguas oficiales de Timor Oriental, junto con el portugués.

se sentían atraídos por las posibilidades y los incentivos socioeconómicos que comenzaba a ofrecer la nueva y creciente industria del desarrollo en el país. La administración de UNTAET ha sido criticada por la comisión de varios errores graves: falta de reconocimiento de las estructuras locales de poder, así como de voluntad efectiva de concertación con las redes sociales y políticas existentes, toma de decisiones jerárquica y cerrada a la participación local, así como una resistencia notable a indigenizar las responsabilidades y los papeles claves en el proceso de desarrollo (vid. Chopra, 2000; 2002; Gorjao, 2002; Goldstone, 2004). El periodo posterior heredó muchos de esos problemas, así como otros nuevos, tales como un elevando índice de desempleo, la escasa capacidad del Estado, la contracción del flujo de la ayuda exterior, albergando en definitiva expectativas respecto a la independencia que el tiempo mostraría infundadas y poco realistas.

A comienzos de 2006, como resultado del despido de 600 soldados, se registró un fuerte estallido de violencia en Dili, la capital. La gente salió a la calle para expresar de manera airada su descontento por la situación socioeconómica y política del país, forzando la dimisión del Primer Ministro Mari Alkiriti, y el nombramiento como sucesor de José Ramos-Horta. Es en esa atmósfera de fuerte tensión económica y política en la que ha venido operando la industria del desarrollo, y en la que pese a todas las dificultades, algunos actores han intentado abrir el camino para un nuevo estilo de cooperación inspirado en el post-desarrollo.

Para que una iniciativa pueda ser considerada fiel a las nociones del post-desarrollo debería contribuir al desmantelamiento tanto material como discursivo del desarrollo entendido en su sentido hegemónico, de tal modo que nuevos escenarios, basados en las realidades locales, puedan ser imaginados y perseguidos a través de nuevas formas de pensamiento y acción. Ello implica liberar los cuerpos, las mentes, y los procesos comunitarios de la persecución del desarrollo, y la apertura de nuevos espacios socio-políticos en los que los imaginarios locales puedan desplegarse y adquirir un nuevo poder. En relación a la ayuda al desarrollo, resulta crucial que las comunidades locales puedan asegurarse el control sobre las acciones y los objetivos que diferentes agentes externos operan en su ámbito local. Aunque las iniciativas a gran escala pueden tener importantes resultados en ámbitos tales como la mejora en los sistemas de salud, o en la descentralización del gobierno, su proceso de toma de decisiones queda frecuentemente lejos del alcance de las comunidades afectadas, por lo que, a pesar de sus eventuales beneficios, esa realidad quedará ahora fuera de nuestra consideración. Por el contrario, en nuestra investigación nos queremos centrar en aquellos programas que operan a escala local, y que en consecuencia parecen compartir de manera más clara los

objetivos del post-desarrollo, en la medida en que parecen tener un mayor potencial y flexibilidad para reconocer y apoyar las sensibilidades locales, con sus imaginarios y aspiraciones. A los efectos de nuestro trabajo, son cuatro las iniciativas en esa dirección que vamos a analizar aquí: proyectos basados en iniciativas sectoriales; programas de capacitación y formación, asociaciones comunitarias, y programas de pequeñas donaciones.

Proyectos basados en iniciativas sectoriales

Se trata de proyectos relativamente comunes que se centran en la puesta en marcha o el fortalecimiento de un sector particular, como por ejemplo salud y educación, dentro de una sociedad. En principio no parecen iniciativas muy coincidentes con los objetivos del post-desarrollo, pues suelen ser diseñados a nivel macro por el Estado y las agencias oficiales de los donantes, pero lo cierto es que de manera cada vez más frecuente han comenzado a incorporar un componente de empoderamiento comunitario o local. El Proyecto Comunitario de Suministro de Agua y Saneamiento (PCSAS), por ejemplo, señala entre sus objetivos:

“La participación en todo momento de la comunidad, tanto en la planificación, la implementación, y la gestión del suministro de agua así como en las actividades de saneamiento... de manera que pueda asegurarse la sostenibilidad del suministro y el adecuado mantenimiento de las nuevas instalaciones, así como su apropiación por la comunidad. El objetivo es en última instancia el fortalecimiento de las capacidades de las ONG locales y las organizaciones comunitarias.”
(CWSSP).

El empoderamiento de la comunidad que se pretende podría conseguirse de dos formas. En primer lugar, el proyecto intenta incorporar activamente a los miembros de la comunidad en el diseño de los sistemas de suministro de agua y de saneamiento a través de procesos participativos de consulta a escala local. En segundo lugar, las organizaciones comunitarias de base (OCB) y las ONG son entrenadas en el desarrollo de los conocimientos y habilidades técnicas necesarios para gestionar según sus preferencias los sistemas de agua y saneamiento, impulsando de ese modo su capacidad para la vertebración de la sociedad civil.

En todo caso, y a pesar de las referencias señaladas a la apropiación local y la participación en el proyecto, lo cierto es que por lo demás no parece que iniciativas de este tipo puedan sintonizar con los ideales del post-desarrollo que

identificábamos en una sección anterior. El proyecto fue diseñado en 1999 durante el periodo post-electoral por un grupo internacional de consultores que tuvieron en realidad pocas oportunidades de entablar cualquier comunicación significativa a escala comunitaria, o incluso de relacionarse con las autoridades locales. Además, en el marco de grandes proyectos sectoriales esos procesos de consulta son generalmente meramente simbólicos y superficiales:

“A menudo esos procesos de consulta con la comunidad significan simplemente que vas a una pequeña aldea, te sientas, y allí mismo tienes un breve encuentro. En eso viene a consistir todo el proceso de ‘consulta comunitaria’... Ese encuentro no puede reflejar realmente la cultura local. Tienes que volver allí muchas veces antes de que empieces a recabar la información de verdad (Entrevista 1)³.

En suma, aunque las comunidades sean consultadas en el marco del proyecto sobre sus preferencias en materia de suministro de agua y saneamiento, esa consulta se realiza dentro de una estructura más amplia, notablemente inflexible, dictada previamente en el propio diseño del proyecto. Además, al personal del proyecto se le requiere que persiga los resultados señalados nominalmente en el mismo, tales como, por ejemplo, el número de letrinas, a pesar de que esos resultados no sean en realidad priorizados por las comunidades:

“Si tu vas a una pequeña aldea y hablas sobre sus necesidades, el suministro de agua será siempre mencionado junto a otras muchas cosas... pero en mi experiencia a lo largo de más de 30 años nunca he oído a un campesino decir: ‘sí, lo cierto es que me encantaría un inodoro, por favor’. Las necesidades son siempre agua para la agricultura, un hospital, suministro eléctrico o carreteras” (Entrevista 1).

Así las cosas, los promotores del proyecto hablan incluso de la necesidad de “crear la demanda” para equipamientos tales como las letrinas porque “sabemos que uno de los factores que contribuyen al desarrollo de enfermedades y mala salud es la falta de sistemas efectivos de saneamiento” (Entrevista 1).

3. Entre el 4 y 25 de septiembre de 2005 se realizaron entrevistas con diversos interlocutores anónimos, la mayoría de ellos/as eran profesionales del desarrollo. Sus referencias han sido incorporadas como Entrevista 1 a 9. Las entrevistas 1, 6, 7 y 10 eran Malaes que trabajaban con ONG internacionales, las entrevistas 2 y 4 fueron con trabajadores timorese de una ONG local; las entrevistas 3 y 5 fueron con Malaes que trabajaban con ONG locales, la 8 con un timorés que trabajaba en Naciones Unidas y la 9 con un Malaes que trabajaba igualmente en Naciones Unidas.

Aunque esa pretensión es seguramente válida, es también indiscutible que la visión del experto internacional resulta de ese modo privilegiada sobre las preocupaciones locales, y que el trabajo con la comunidad acaba convertido en una forma de “participación instrumental” (White 1996), al ser orientado hacia objetivos de desarrollo definidos desde fuera. El segundo logro esperado, es decir, la idea de que las ONG y organizaciones de base asociadas al proyecto saldrán fortalecidas en su capacidad de iniciativa y vertebración de la sociedad civil local queda también en entredicho a la vista de los resultados: sólo 5 de las más de 20 organizaciones contratadas parecen capaces de sobrevivir al proyecto (Entrevista 1), y entre esas, al menos una de ellas consideraba seriamente la oportunidad de transformarse en empresa (Entrevista 2). En suma, más que contribuir a la conformación de una sociedad civil viable, estos proyectos sostienen a los socios locales del proyecto durante la implementación del mismo, y en la dirección de asegurar los objetivos previamente definidos desde fuera por los expertos internacionales del desarrollo. De este modo, las comunidades son orientadas hacia el desarrollo, tanto en sus dimensiones materiales como en el plano de los imaginarios, a través de una cierta consideración de sus apreciaciones sobre los resultados, pero estos acaban siendo una concesión o cortesía de la industria del desarrollo más que el logro de su propia implicación o iniciativa. Aunque los beneficios de esos programas en términos de mejora de las condiciones de salud y saneamiento son indiscutibles, su estructura común –sectoriales, diseñados de manera externa, enfocado hacia resultados, jerárquico, y generalmente a corto plazo–, restringe de manera muy significativa su validez para quienes desean construir escenarios de post-desarrollo, liderados de verdad por las propias comunidades.

Asociaciones para la capacitación institucional

Se entiende por “construcción de capacidad institucional” una “intervención explícita y externa que tiene por objeto mejorar el rendimiento de una organización en relación a una misión, contexto, recursos y sostenibilidad” (James 1994: 5). El despliegue de iniciativas de este tipo es particularmente común en el caso de Timor Oriental, dado que sus instituciones son generalmente percibidas como débiles o insuficientemente desarrolladas, como resultado de los efectos adversos de la ocupación indonesia, y de la violencia del proceso de transición. La capacidad de las instituciones puede ser impulsada de maneras muy diversas. En primer lugar, las ONG internacionales pueden facilitar a las instituciones locales con fondos de apoyo presupuestario, no sectorializados, que de este modo pasan a estar controlados en gran medida por la contraparte local. En segundo lugar, las ONG internacionales, particularmente aquellas basadas en un amplio voluntariado, pueden ofrecer personal a las

instituciones locales por un periodo de tiempo. El programa Australiano de Voluntariado Internacional ha promovido, por ejemplo, la incorporación desde 1999 de más de 300 personas de apoyo tanto a organizaciones comunitarias como en los propios gobiernos locales. En tercer lugar, la mayoría de las grandes ONG internacionales presentes en Timor Oriental están *indigenizando* sus oficinas, retirando paulatinamente su personal internacional, e incorporando crecientemente personal local, previamente capacitado, que va tomando el control de la oficina. Caritas Australia decidió dar un paso adelante, disolviendo su identidad en el país, de manera que el nuevo personal local pudiera formar su propia ONG en Timor Oriental, aunque desde Caritas Australia se siguiera manteniendo el apoyo técnico y financiero.

Al centrarse en las instituciones en lugar de en los resultados sectoriales, se diría que estas iniciativas han contribuido al fortalecimiento de las organizaciones existentes, potenciando a su vez su capacidad para promover alternativas al desarrollo. Sin embargo esa posibilidad rara vez es conseguida pues sucede que el objetivo principal de esos procesos de capacitación suele ser precisamente que esas instituciones locales puedan relacionarse de manera profesional con la propia industria internacional de la cooperación. Por lo demás, el descenso de los flujos de la ayuda internacional hacia Timor ha impulsado al sector de las ONG en ese país hacia una lógica de competencia, en la que la supervivencia organizacional está estrechamente ligada a la capacidad para lograr fondos de los donantes internacionales en convocatorias muy competitivas. Dada la escasa disponibilidad de otras formas de captación de fondos, la capacitación institucional a menudo se centra en el ciclo del proyecto: mejorar la manera en que las organizaciones presentan sus propuestas, gestionan sus proyectos, mejoran la transparencia y el rigor en su rendición de cuentas, o escriben –generalmente en inglés o portugués– las memorias finales de sus proyectos (Brunnstrom, 2003):

“Siempre he encontrado problemático que los donantes tomen sus decisiones basándose casi exclusivamente en las propuestas de los proyectos... eso es estupendo si en tu organización tienes el personal preparado para ello... pero hay un montón de gente que hace un magnífico trabajo, y que sabe perfectamente lo que hay que hacer, pero para la que ponerlo por escrito, a la manera de un proyecto, es verdaderamente complicado. Agarras el borrador y comprendes que si lo presentas tal cual nunca será aprobado. Eso no quiere decir que sea una mala propuesta. Si hablo con ellos eso queda perfectamente claro... y les parece todavía más frustrante. En ocasiones no entienden los propios formatos de los donantes. No saben lo que les están

pidiendo... después está el lenguaje... todos hablan un poco de inglés pero escribirlo es mucho más difícil” (Entrevista 3).

Irónicamente, las expectativas de supervivencia de las organizaciones comunitarias parecen depender mucho más de su habilidad para comprometerse en la gestión del ciclo del proyecto, que de su vínculo o contribución específica a la propia comunidad. Sin embargo, aunque su adaptación a la gestión de proyectos sintoniza inevitablemente a las organizaciones con los procesos e imaginarios del desarrollo, ello no significa que deban descartarse por completo para el despliegue de las nuevas estrategias del post-desarrollo. Esto es algo de lo que son conscientes tanto los promotores de la idea del post-desarrollo como las perspectivas de inspiración marxista, pues en última instancia esas formas de adaptación, y las tensiones que ocasionan, pueden entenderse también como formas de solidaridad, así como estrategias de resistencia al capitalismo, incluso cuando se basan menos en la lucha por la igualdad que en la afirmación de la diferencia. Al respecto es importante señalar que los críticos del post-desarrollo han mostrado que las comunidades no se muestran pasivas frente a la maquinaria del desarrollo, sino que de manera constante y siempre activa reelaboran los procesos del desarrollo de maneras significativas para la comunidad local (Van Ausdal, 2001; Curry, 2003).

Por lo tanto, no hay ninguna razón para que una ONG no pueda usar su capacidad de fortalecimiento institucional para involucrarse de manera estratégica con el aparato internacional del desarrollo de forma que pueda servir a sus propios fines. En Timor, por ejemplo, el Instituto Sahe para la Liberación rechaza las donaciones gubernamentales, y se muestra selectivo con las ONG internacionales al tomar como socios sólo a las organizaciones que apoyan su visión de la liberación nacional y de las cooperativas populares (Entrevista 4). Aunque claramente inspirados en la doctrina del socialismo, el Instituto persigue una visión distintiva para Timor, y utiliza sus vínculos internacionales y las capacidades que le son ofrecidas, en la medida en que sirvan al avance de sus objetivos. De manera similar algunas organizaciones comunitarias que preceden al boom de las ONG en Timor han reclutado voluntarios Malae, a través de programas internacionales, con el propósito de generar fuentes de ingreso adicionales de la propia industria del desarrollo, sin caer en situaciones de dependencia respecto a esas formas de financiación externa. En otras palabras, esas organizaciones comunitarias se han implicado estratégicamente en la maquinaria del desarrollo para promover sus propios fines. Como reflexionaba un voluntario australiano la ONG local le había utilizado por el “color de su piel”, en la medida en que ello facilitaba el acceso a redes de financiación que de otro modo quedarían fuera de su alcance (Entrevista 5). Esas formas de asociación permiten en suma a las

instituciones locales utilizar el sistema de cooperación para sus propios fines. Claro que ello implica inevitablemente el riesgo de que esos contactos puedan subvertir la propia misión de la organización comunitaria, y el abandono de sus objetivos iniciales por aquellos otros favorecidos por los poderosos actores externos.

Partenariados comunitarios

Los partenariados comunitarios pueden ser definidos aquí como el mantenimiento de relaciones entre organizaciones internacionales y comunidades particulares. No tienen que estar necesariamente sujetas al ciclo del proyecto, instituciones específicas, o prioridades sectoriales. Por el contrario, representan un compromiso activo entre una agencia externa y una comunidad. Generalmente el socio internacional es una gran ONG, pero recientemente han surgido otras iniciativas de cooperación descentralizada que vinculan, por ejemplo, algunos ayuntamientos australianos con otros en Timor, a través de lo que se ha dado en llamar Amigos de Timor Oriental. Entre las ONG que han venido practicando en la última década esta forma de cooperación encontramos algunas de las más grandes: World Vision, Christian Children's Fund, Oxfam o Caritas. Por su parte, Amigos de Timor pone en colaboración a las autoridades locales australianas con los consejos de sub-distrito en Timor con el propósito de construir esquemas flexibles de cooperación a través de instrumentos tales como intercambios de visitantes, becas de estudio, la cesión de equipamientos, la construcción de infraestructuras, la formación, el voluntariado, o el asesoramiento técnico. El enfoque de partenariado comunitario no sólo anima a las comunidades a expresar sus ideas sobre el futuro que desean para sí; a través de la cooperación les facilita a su vez medios adicionales para hacerlas realidad.

La crítica post-desarrollista diría que esta forma de cooperación resulta particularmente invasiva, ya que facilita los medios para la transmisión directa de las normas de la maquinaria del desarrollo internacional a comunidades todavía no maleadas y por tanto menos precavidas frente a los efectos de la influencia no siempre positiva del exterior. Ciertamente, en estas formas de compromiso las relaciones de poder son muy desiguales. Es poco probable, por ejemplo, que las comunidades de Timor puedan tener la oportunidad de elegir realmente qué ONG internacional, o que ayuntamiento australiano habrá de ser su socio. Por el contrario, puede decirse que las ONG internacionales `adoptan´ a un distrito o comunidad en particular y después promueven sobre el mismo su visión del desarrollo. Algunas favorecen programas de apoyo a la infancia, otros seleccionan las comunidades según sus convicciones religiosas, otras, por último, se

contentan con implementar en esa comunidad la prioridad sectorial que con carácter general se señala en un programa de alcance nacional. Todo ello implica que su apoyo se despliegue con estilos y formas muy dispares en cada caso. La cultura organizacional en relación a cuestiones tales como la igualdad de género puede afectar también de manera muy notable a esos esquemas de relación. Mientras algunas ONG internacionales enfatizan la necesidad de respetar las estructuras comunitarias tradicionales, otras intentan establecer cuerpos de decisión paralelos que respondan mejor a su visión:

“Algunas veces creamos una nueva estructura. La mayoría de los manuales de desarrollo dicen que hay que trabajar con las estructuras existentes. En el plano ideal, al menos, tú no tienes que crear tu propia estructura paralela, pero lo que pasa a menudo es que esas estructuras existentes están alineadas políticamente o les pasa esto o lo otro... de manera que no queda claro quién puede beneficiarse de contar con ellas. Hace falta tiempo para conocer una comunidad lo suficiente como para saber si la estructura es válida o no, cual es la dinámica allí, y la historia de toda esa gente. Pues en la historia del país siempre hay cosas que necesitas saber y tener en cuenta. Así que nuestro personal creará nuevas estructuras para poder ir contra lo que la mayoría de la gente piense que se debe ir” (Entrevista 6).

La preocupación principal aquí, desde el punto de vista del post-desarrollo, es que las ONG internacionales bien equipadas, o los ayuntamientos australianos pródigos en recursos, tienen mucho más potencial para imponer su visión sobre las comunidades con las que cooperan que a la inversa. Esas relaciones de poder pueden ser desafortunadas, pero no son inherentes o necesarias a estos esquemas de cooperación, dependiendo más bien de las actitudes y formas de pensar de las personas que participan de ellos. Cuando la aproximación es la adecuada, como lo muestra el ejemplo que sigue, esos partenariados pueden facilitar la comprensión y sensibilidad mutua entre los imaginarios locales e internacionales:

“Hay una comunidad en Oecussi que tiene un montón de tabúes con las comidas, y uno de ellos es la prohibición de pescado y mariscos. Comprendimos que se trata de una tradición realmente ancestral e intocable que no era posible ignorar, así que intentamos trabajar con ellos a partir de otras fuentes de proteínas” (Entrevista 7).

Como muestra, por el contrario, de una aproximación errónea:

“En Viqueque enviaron dos cooperantes internacionales por uno o dos semestres... y los dos estaban todo el rato diciendo ‘¡Te tiene que gustar así!, ¡En mi país esto se hace así!, ¡Tenéis que hacerlo de este modo!’, así que un día fueron a por ellos con machetes en las manos y los dos cooperantes tuvieron que salir corriendo del pueblo” (Entrevista 8).

Algunos partenariados facilitan la comunicación en las dos direcciones, invitando a representantes de la comunidad a las oficinas de las ONG internacionales en sus países de origen para compartir el conocimiento local y facilitar la difusión de ideas más allá de las divisiones geográficas. Además, algunas de las constricciones características de los proyectos convencionales, tales como la necesidad de cumplir los plazos, lograr objetivos específicos, respetar las prioridades sectoriales, la exigencia de transparencia en la gestión, o la entrega de informes, o no se aplican en este modelo de cooperación, o si se aplican se hace de manera considerablemente más flexible. Con la aproximación adecuada y la debida sensibilidad estos esquemas de partenariado internacional para el desarrollo comunitario tienen un gran potencial para apoyar futuros alternativos para la comunidad.

Programas de pequeñas donaciones

Los programas de pequeñas donaciones, generalmente operados por las agencias multilaterales, las agencias oficiales de los donantes, y las ONG internacionales, consisten en apoyar directamente a las comunidades que lo solicitan, con la provisión de fondos o de bienes especies como donación. Las grandes instituciones multilaterales tienen diversos programas de este tipo que funcionan en varios países y que en Timor Oriental se están normalizando. El Banco Mundial, por ejemplo, está completando un Programa de Empoderamiento Comunitario y Gobernabilidad Local, estableciendo consejos locales a escala local, que eluden deliberadamente a los líderes locales tradicionales, con el propósito de recabar opiniones, establecer prioridades y avanzar las propuestas de la comunidad ante las autoridades regionales con vistas a su posterior aprobación (Moxham, 2005). En contraste, el Fondo de Naciones Unidas para el Desarrollo de la Capitalización (FNUDC), en un esfuerzo por asegurar la legitimidad y sostenibilidad de los proyectos, otorga el poder final para la aprobación de los proyectos a los líderes tradicionales de la aldea, quienes, junto a una representante de las mujeres, tiene la última palabra en las decisiones de financiación (Entrevista 9). Aunque ambas aproximaciones tienen sus pros y sus contras, la cuestión, al menos desde la perspectiva del

post-desarrollo, es que el destino final de los proyectos está determinado en gran medida por expertos externos que trabajan en las agencias implementadoras, más que por el pueblo de Timor. A pesar de que los objetivos de tales programas, en su pretensión de facilitar el empoderamiento de las comunidades locales y el control de sus decisiones hacia el futuro, parecen inspirados en el pensamiento post-desarrollista, lo cierto es que su aplicación uniforme en comunidades muy dispares a lo largo y ancho de Timor Oriental limita considerablemente la influencia que tales comunidades pueden tener sobre el proceso de planificación, reforzando por el contrario la visión de los expertos sobre el modo en que las cosas deben funcionar, por encima de las visiones de las propias comunidades.

Los donantes menos ambiciosos geográficamente y las ONG internacionales suelen mostrarse más flexibles cuando las organizaciones comunitarias expresan sus necesidades de financiación. En esto actúan de una manera muy diferente las agencias multilaterales, pues éstas a menudo se proponen incluso reestructurar las propias comunidades a los efectos de que estas puedan encajar mejor en sus esquemas de financiación. En todo caso, el acceso a las donaciones no suele ser fácil para aquellas comunidades situadas lejos de los centros urbanos. Además, los solicitantes tienen que negociar a menudo con los donantes los requerimientos, siempre cambiantes, que los solicitantes deben cumplir: tener la aprobación del gobierno local, estar oficialmente registrado como ONG, entregar la solicitud en inglés, o tener una cuenta abierta en un Banco privado en particular (vid. Belun, 2005). El poder para aprobar los proyectos reside en todo caso en los donantes, quienes por lo general suelen desestimar más del 50% de las solicitudes presentadas. Esto significa que para tener éxito la solicitud debe adecuarse en gran medida a las ideas que los donantes puedan tener sobre lo que constituye el “buen desarrollo”. Una vez más, aquellas organizaciones comunitarias y ONG locales que saben adaptarse efectivamente a la maquinaria del desarrollo, y son capaces de escribir buenas propuestas y memorias en inglés, tienen muchas más posibilidades para asegurarse la financiación y así lograr sus objetivos:

“El hecho de que ahora haya menos dinero disponible acaba convirtiendo la existencia de las ONG en una lucha por la supervivencia en la que el más fuerte prevalece. Las ONG basadas en Dili juegan en muchos aspectos con ventaja pues son las únicas que tienen un cierto estatus y reconocimiento, mientras las ONG pequeñas o los grupos comunitarios no pueden mostrar sus activos ni acreditar su capacidad. Lo único que pueden hacer es presentarse allí y decir lo que quieren hacer, de suerte que al final los donantes acaban sofocando la innovación” (Entrevista 10).

Sin embargo, al igual que la mayoría de las iniciativas mencionadas anteriormente, ello no significa que los programas de pequeñas donaciones deban excluirse de cualquier futuro inspirado en los ideales del post-desarrollo. Las comunidades están buscando formas de apoyo a las iniciativas que ellas mismas han identificado. Aunque las reglas del juego estructuran la forma en que ese apoyo se pueda brindar y reafirman el poder de decisión de los donantes, ello no implica que las comunidades no puedan manipular de algún modo ese mismo sistema para ponerlo al servicio de sus propios fines. Aunque los sistemas actuales de concesión de pequeñas donaciones no parecen ideales desde la perspectiva del post-desarrollo, lo cierto es que no constituyen una forma de cooperación especialmente invasiva y tiene un cierto potencial, cuyos recursos las comunidades pueden movilizar, para avanzar en escenarios de futuro alternativos.

Conclusiones

A la vista de nuestro recorrido parece que desde los propios programas de cooperación que se vienen implementando en Timor Oriental existen algunas oportunidades para que las aspiraciones comunitarias de un futuro alternativo puedan florecer. Los partenariados entre agentes internacionales y algunas comunidades específicas parecen ser los mecanismos con mayor potencial para el entendimiento y la cooperación transcultural, aunque también resultan prometedoras las posibilidades que los programas de pequeñas donaciones pueden ofrecer cuando son aplicados de la manera adecuada en la comunidad. Por el contrario, los grandes proyectos de cooperación sectorial, con sus rígidos esquemas de resultados predeterminados y sus estrictos calendarios, parecen mucho menos adaptables a las condiciones particulares de cada comunidad, y seguramente contribuyen a fortalecer la visión de los expertos que diseñan los proyectos mucho más que el imaginario de aquellas personas a las que tales proyectos pretenden beneficiar. Además, a pesar de esas oportunidades que el propio sistema de cooperación pueda ofrecer, lo cierto es que Timor no parece el escenario donde se esté cociendo algún tipo de alternativa radical al desarrollo. Cuando las comunidades tienen la oportunidad para ello, no dejan de mostrar sus aspiraciones de mejorar sus sistemas de suministro de aguas y saneamiento, la educación, sus servicios de salud, o las oportunidades de empleo. Los mismos temas que son objetivos comunes del desarrollo a través del mundo.

Esto puede explicarse de varias maneras. En primer lugar, como Storey (2000) ha señalado, la persecución de objetivos tradicionales de desarrollo puede ser una representación legítima del imaginario de las comunidades. En otras palabras, la adopción de métodos de trabajo y procesos de decisión alternativos y centrados en la comunidad bien puede resultar en peticiones de apoyo para la

consecución de tractores, en contra del colectivismo social, o de un cierto espiritualismo exótico, que suele desprenderse de las teorizaciones del post-desarrollo. En segundo lugar, resulta claro que existen estructuras de cierre o de control en el interior de la mayoría de los programas que ha sido diseñados precisamente para monitorear y homogenizar las aspiraciones comunitarias que van a ser atendidas. Ya sea a través de procedimientos brutos, como el dejar el poder de aprobación final de las pequeñas donaciones en manos de los donantes, o sutiles, como las relaciones de poder que se establecen entre los profesionales del desarrollo, bien pagados y formalmente educados para ello, y sus contrapartes económicamente mucho más pobres y menos mundanos, lo que asegura que las ideas de los primeros prevalecerán en última instancia sobre las aspiraciones alternativas de los segundos.

La tercera razón por la que las alternativas no convencionales no surgen tan fácilmente está relacionada con los procesos de socialización que despliega el propio sistema de la cooperación, y que viene a promover sus propias normas. A pesar de que hablemos de “empoderamiento”, “apropiación por la comunidad”, y “procesos de decisión participativos”, bien parece que los representantes comunitarios sólo parecen merecedores de la confianza para que lideren sus propios procesos una vez que han sido capacitados para pensar y actuar como lo hacen los actores del desarrollo. Los procesos de indigenización que se están registrando en las grandes ONG internacionales, las asociaciones para la capacitación de instituciones locales, los procedimientos de cualificación y monitoreo de las pequeñas donaciones, la rendición de cuentas hacia arriba característica de los proyectos sectoriales... todo ello contribuye en suma a un profundo proceso de aculturación o asimilación, en el que se anima a los agentes locales a que adopten la cultura, los imaginarios y los procesos del sistema del desarrollo y la cooperación. Cuánto más una organización comunitaria o una ONG local adoptan esta cultura, mayor es el acceso que pueden tener para encontrar oportunidades de financiación, y mayor su capacidad de influencia y poder. Por el contrario, en el mismo Timor, las instituciones alternativas, o menos convencionales, que pueden sentirse más inclinadas a actuar sobre los imaginarios alternativos, no reciben ese apoyo, y luchan por sobrevivir. De este modo, el legado del periodo Malae, en el que Timor sigue parcialmente estancado, es una sociedad civil local compuesta por instituciones que han sido entrenadas para pensar y actuar como agentes del sistema del desarrollo y la cooperación, y que previsiblemente persiguen los fines del desarrollo más convencional. Las organizaciones más radicales, indígenas, o menos convencionales acaban viéndose diluidas, pues la gente de Timor acaba comprendiendo que el “empoderamiento comunitario” viene con sus propias reglas, a la manera de una ayuda condicionada. Las estructuras organizacionales locales, los procesos, y los objetivos y aspiraciones locales, e incluso las identidades, acaban

reinventándose hasta acabar pareciéndose a lo que la maquinaria del desarrollo internacional espera de ellos.

Sin embargo, a pesar del impacto homogenizador de la industria del desarrollo, es importante reconocer que el pueblo de Timor nunca será una simple víctima pasiva del desarrollo. Desde ambos lados del binomio internacional/indígena, se registran intentos, unas veces individuales, otras en grupo, por experimentar con alternativas y procesos de co-optación relevantes para las comunidades locales. Por un lado, algunas ONG locales se relacionan estratégicamente con la industria del desarrollo, eligiendo cuidadosamente sus contrapartes, así como los programas que se proponen implementar, para ensayar de ese modo otras formas de alcanzar sus aspiraciones de futuro. Aunque buena parte de la arquitectura del desarrollo, con sus énfasis en lograr los resultados predeterminados en los plazos señalados, puede considerarse viciada desde la perspectiva del post-desarrollo, algunas iniciativas como las asociaciones para el desarrollo comunitario, o los programas de pequeñas donaciones, tienen un importante potencial para avanzar en los ideales del post-desarrollo. Se trata de proyectos centrados en la comunidad, que pueden apoyar espacios sociopolíticos alternativos y que, parafraseando la metáfora de Esteva sobre la hamaca, no presumen la forma del usuario, sino que se adaptan a cualquier forma. (Esteva, 1987: 132). Aunque las estructuras de la cooperación siguen propagando el mito del desarrollo, esas mismas estructuras podrían, si los imaginarios de su personal fueran diferentes, contribuir a la realización de los ideales del post-desarrollo. En otras palabras, las estructuras existentes para el desarrollo comunitario quizás no estén necesariamente viciadas. Si la centralidad del enfoque convencional del desarrollo fuera atenuada, bien pudieran ofrecer cauces para que las comunidades puedan avanzar, de manera auto-determinada, en su propio camino (Gibson-Graham, 2005). En consecuencia, aunque el pensamiento del post-desarrollo puede resultar frustrante en la medida en que parece carecer de un programa práctico, quizás esté ya teniendo un importante impacto. Sus aportaciones críticas estarían contribuyendo a la relajación progresiva del imaginario convencional de la industria del desarrollo. El mayor potencial práctico del post-desarrollo, no estaría, en suma, en su capacidad de destruir o descartar la arquitectura de la cooperación, sino más bien en su capacidad para atraer hacia sí su poder y prestigio, ganándose la consideración y el apoyo de quienes trabajan desde dentro de él.

Bibliografía

AGUILAR, F (2005): "Excess possibilities? Ethics, populism and community economy", *Singapore Journal of Tropical Geography*, 26 (1), pp. 27-31.

- BELUN (2005): *Reference Guide for Small Grants Donors*, Dili: Belun.
- BRUNNSTROM, C (2003): "Another invasion: lessons from international support to East Timorese NGOs", *Development in Practice*, 13 (4), pp. 310-321.
- CHOPRA, J (2000): "The UN's kingdom of East Timor", *Survival*, 42 (3), pp. 27-39.
- CHOPRA, J (2002): "Building state failure in East Timor", *Development and Change*, 35 (5), pp. 979-1000.
- CORNWALL, A & BROCK, K (2005) "What do buzzwords do for development policy? A critical look at 'participation', 'empowerment' and 'poverty reduction'", *Third World Quarterly*, 26 (7), pp. 1043-1060.
- CRUSH, J (ed) (1995): *Power of Development*, Londres: Routledge.
- CURRY, G (2003): "Moving beyond post-development: facilitating indigenous alternatives for 'development'", *Economic Geography*, 79 (4), pp. 405-423.
- CWSSP (nd) CWSSP: *Australia -Timor-Leste Community Water Supply and Sanitation Programme*, Dili: CWSSP.
- ESCOBAR, A (1992): "Reflections on 'development': grassroots approaches and alternative politics in the Third World", *Futures*, 24, pp. 411-435.
- ESCOBAR, A (1995a): *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*, Princeton, NJ: Princeton University Press.
- ESCOBAR, A (1995b): "Imagining a post-development era", en CRUSH, J. (ed): *Power of Development*, Londres: Routledge, pp. 211-227.
- ESCOBAR, A (2000): "Beyond the search for a paradigm? Post-development and beyond", *Development*, 43 (4), pp. 11-14.
- ESCOBAR, A (2004): "Other worlds are (already possible): self-organisation, complexity, and post-capitalist cultures", en SEN, J; ANAND, A; ESCOBAR, A. & WATERMAN, P (eds): *World Social Forum: Challenging Empires*, Nueva Delhi: Viveka Foundation, pp. 349-358.
- ESTEVA, G (1987): "Regenerating people's space", *Alternatives*, XII, pp. 125-152.
- ESTEVA, G & PRAKESH, M (1997): "From global thinking to local thinking", en RAHMENA, M. & BAWTREE, V. (eds): *The Post-development Reader*, Londres: Zed Books, pp. 277-289.
- FERGUSON, J (1994): *The Anti-Politics Machine: 'Development', Depoliticisation, and Bureaucratic Power in Lesotho*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- GIBSON, K (2006): "Hopeful geographies of the Asia-Pacific region", keynote paper presented at the International Geographical Union 2006 Conference on 'Regional Responses to Global Change: A View from the Antipodes', Brisbane.
- GIBSON-GRAHAM, JK (2005): "Surplus possibilities: postdevelopment and community economies Singapore", *Journal of Tropical Geography*, 26 (1), pp. 4-26.

- GOLDSTONE, A (2004): "UNTAET with hindsight: the peculiarities of politics in an incomplete state", *Global Governance*, 10, pp. 83-98.
- GORJAO, P (2002): "The legacy and lessons of the United Nations Transitional Administration in East Timor", *Contemporary Southeast Asia*, 24 (2), pp. 313-335.
- HILL, H & SALDHANHA, J (2001): "The key issues", en HILL, H & SALDHANHA, J (eds): *East Timor: Development Challenges for the World's Newest Nation*, Singapur: Institute for Southeast Asian Studies, pp. 3-36.
- JAMES, R (1994): "Strengthening the capacity of southern NGO partners", INTRAC Occasional Paper Series 5, Oxford: INTRAC.
- KELLY, P (2005): "Scale, power and the limits to possibilities", *Singapore Journal of Tropical Geography*, 26 (1), pp. 29-43.
- KIELY, R (1999): "The last refuge of the noble savage? A critical assessment of post-development theory", *European Journal of Development Research*, 11 (1), pp. 30-55.
- LATOUCHE, S (1993): *In the Wake of Affluent Society: An Exploration of Post-development*, Londres: Zed Books.
- MOXHAM (2005): "The World Bank's land of kiosks: community driven development in Timor-Leste", *Development in Practice*, 15 (3 - 4), pp. 522-528.
- NUSTAD (2001): "Development: the devil we know?", *Third World Quarterly*, 22 (4), pp. 479-489.
- PEET, R (1997): "Social theory, postmodernism, and the critique of development", en BENKO, G. & STROHMAYER, U. (eds): *Space and Social Theory: Interpreting Modernity and Post-modernity*, Oxford, Blackwell, pp. 72-87.
- PIETERSE, J (2000): "After post-development", *Third World Quarterly*, 21 (2), pp. 175-191.
- RAHMENA, M (1997): "Towards post-development: searching for signposts, a new language and new paradigms", en RAHMENA, M. & BAWTREE, V. (eds): *The Post-development Reader*, pp. 377-403 (Londres: Zed Books).
- RAHMENA, M & BAWTREE, V (eds) (1997): *The Post-development Reader*, Londres: Zed Books.
- RAPLEY, J (2004): "Development studies and the post-development critique", *Progress in Development Studies*, 4 (4), pp. 350-354.
- SACHS, W (ed) (1992): *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power*, Londres: Zed Books.
- SANTOS, B (2004): "The World Social Forum: towards a counter-hegemonic globalisation" (Part 1), en SEN, J; ANAND, A; ESCOBAR, A. & WATERMAN, P (eds): *World Social Forum: Challenging Empires*, Nueva Delhi: Viveka Foundation, pp. 235-343.

- STOREY, A (2000): "Post-development theory: romanticism and Pontius Pilate politics", *Development*, 43 (4), pp. 40-46.
- VAN AUSDAL (2001): "Development and discourse among the Maya of Southern Belize", *Development and Change*, 32 (3), pp. 577-606.
- WHITE, S (1996): "Depoliticising development: the uses and abuses of participation", *Development in Practice*, 6 (1), pp. 6 -15.
- WORLD BANK (1999): "East Timor Community Empowerment and Local Governance Project", Report No PID8576.
- ZIAI, A (2004): "The ambivalence of post-development: between reactionary populism and radical democracy", *Third World Quarterly*, 25 (6), pp. 1045-1060.